

| | PTAS. | CTS. |
|----------------------------------|-------|------|
| España | 1 | 25 |
| Extranjero (U. Postal) | 2 | 50 |
| Ultramar | 1 | 50 |

Número suelto 5 céts.
Id. atrasado 10 »

EL MEETING DE AYER

Preliminares

A las 3 y media, la animación era extraordinaria en los alrededores del Teatro Circo. Inmenso gentío se agrupaba á lo largo del jardín de la Glorieta, impulsado por el afán de ver algo, de ser rozado al paso por los ardores del entusiasmo, que quizás tengan, como todo lo que representa una fuerza y un ideal, cierta misteriosa atracción sobre la multitud inconsciente.

En cuanto al aspecto interior del teatro, nada hay que decir. Puede suponerse como estaba. Las condiciones de solidez de aquellas gradas hacían temer por la seguridad de los concurrentes. Varias macetas adornaban el estrado. Por las ventanas abiertas penetraba el sol en blancas proyecciones. En el patio, entre el ir y venir del público que iba llenando las butacas, se oía el murmullo y la confusión de los comentarios previos. En todas las fisonomías notábase la sensación del placer prometido y la sabrosa paciencia por cir declaraciones nuevas y atrevidas, inesperadas y esperadas á un tiempo.

Al aparecer el señor Maura, los aplausos fueron ensordecedores. Sentáronse en la mesa presidencial á la derecha del señor Maura, los señores Ribot, R. Selló, Alcover y Martínez; y á la izquierda, los señores Socías y Caimari, Guasp, Canals, Moll y Santandreu.

Casi enseñada empezaron los discursos dando principio por el de

Don Pascual Ribot

Al levantarse el jefe del partido liberal dinástico de esta isla resuena en toda la sala un prolongado y nutrido aplauso.

Dice que se levanta para cumplir un deber de cortesía, antes en nombre de la Junta directiva del partido liberal dinástico; después en nombre propio por haber querido las bondades de sus amigos que figurase en la candidatura de las últimas elecciones de diputados á Cortes. Y este deber no es otro que dar á todos el voto de gracias más solemne por sus esfuerzos, por su tesón, por su fe inquebrantable, demostrados en la última lucha electoral.

No vé en los concurrentes á los partidarios de una idea ni siquiera á los unidos por el vínculo de una comunión, ni siquiera á los sectarios de una personalidad; no vé más que á los mártires, merecedores de la palma que conquistaron en un período de vejaciones, de persecuciones por la justicia, de violencias y quebrantos.

Es necesario—añade—que digamos como se ha portado y que es el partido conservador; que veamos como se ha portado y que es el partido liberal.

El partido conservador vino últimamente al poder, en Marzo del año pasado; y al poco tiempo me cupo el honor de ver mi casa apedreada por unas turbas de asalariados y famélicos, que quisieron ver en cierto acuerdo del Ayuntamiento una conveniencia para mis intereses, de los cuales, por desgracia, nunca he cuidado. Antes había ya sido atropellada y silbada de igual manera una autoridad que supo llevar al municipio las reformas que demandaban la hacienda comunal y las necesidades del país.

Así empezaron los conservadores su época de mando en esta provincia. Todos sabéis de personas encanecidas en los puestos de gobierno, que dirigían estas manifestaciones y ofrecían á sus fautores largas recompensas y esto lo digo por ser notorio y por no ignorarlo nadie.

Más tarde vinieron las elecciones municipales. Se prepararon como las preparan los conservadores, con todas las coacciones, con todo el juego de los resortes de gobierno. ¿Y qué pasó? Que al posesionarse los nuevos Alcaldes creyeron que todo el monte era orégano. Y se destituyó á honradísimos padres de familia que contaban veinte y treinta años de servicio al municipio, para poner en su puesto á los mismos fanáticos que apedreadaban y silbaban (*Grandes aplausos*). Este fué el estandarte de aquella innumerable pedrea (*Nuevos aplausos*). Y sucedió más; que un Gobernador digno no pudo resistir por más tiempo á las instancias y á las acometidas; y el señor Bránger se marchó de aquí por no poder estar al lado de sus mismos correligionarios.

Dice que después y encontrando más expedito el camino, han arriscado los conservadores su campaña de violencias; nosotros hemos acudido á la ley y á la autoridad y se ha dado el caso de que nunca hemos tenido razón... (*Risas*) En más de cincuenta recursos, en más de cincuen-

ta expedientes por nosotros incoados, ninguna resolución favorable ha recaído. Y aquellos más evidentes y obvios en que fuera una iniquidad el negárnosla, se sepultaron en los cajones del Gobierno civil.

No quiero hablar de lo que han sufrido los Alcaldes de los pueblos. Se les ha llamado, se les ha vejado, se les ha pedido la dimisión y como no se avinieron á darla se les amenazó con multas. Pero el golpe fué parado á tiempo, en Madrid, por quien debía y podía; y no fueron posibles las de 500 pesetas del famoso artículo de la ley provincial; y solo había el recurso de las más leves de la ley municipal que á nadie amedrentan. Se apeló entonces á otro de los recursos del poder. ¿Que no podemos imponer multas? Apulemos á los repartos de consumos; que uno no se doblega, pues le impondremos mil y dos mil y cinco mil pesetas.

Hace la historia de muchas de esas cuotas exorbitantes y de haber sido embargados los muebles de pobres mujeres cuyos hijos vierten su sangre por la patria en la isla de Cuba. No tienen la culpa de estos repartos—añade—los que los confeccionan, sino los que únicamente los aprueban. En vano hemos acudido al Gobierno y á la Delegación de Hacienda para pedir justicia; hemos encontrado las puertas cerradas.

Por último, triste es confesarlo; hemos tenido necesidad de apelar también á aquel poder á que ya me referí, allá por 1891. Y se ha encontrado funcionarios dispuestos á decretar procesamientos, días antes del período electoral.—Vino por fin el día de la lucha ¿Y qué sucedió? Asistí á algunos colegios y vi al Alcalde en uno de ellos; en otro al juez municipal. Y oí como llamaba á los electores amenazándoles con un nuevo reparto de consumos.

Hace la historia de las últimas elecciones; recuerda que al principio se prometían y juraban los conservadores derrotar al señor Maura. Hasta hubo quien dijo que no saldríamos á la calle, como aseguró un periódico que no quiero nombrar, porque no me gusta contender con quien no puede contestarme. En fin, se contentaron después con perdonarnos la vida y ya solo presentaron cuatro candidatos para que saliera el señor Maura, como de limosna. Y efectivamente salimos el señor Maura y yo (*aplausos*) porque no contaban con vuestra lealtad, no contaban con el amor y adhesión que nos teneis, no contaban con vuestra independencia.

En frases pintorescas comenta el resultado de los escrutinios, las decepciones, las recriminaciones mutuas, los comentarios de la indignación. De allí—añade—salieron mohinos los conservadores y fallidas sus esperanzas; y es que la violencia y el atropello, podrán en un momento dado parecer eficaces, pero á la larga resultan contraproducentes y desastrosos. Esta es la lección sufrida por el partido conservador.

Después hace un paralelo entre esta conducta y la observada por el partido liberal. Dice que se ha asegurado que el partido conservador se ha lanzado á tales procedimientos como revancha de otros atropellos cometidos por los liberales. Esto no es cierto, esto no es verdad.

Hace la historia de lo ocurrido en las elecciones de 1881 y de 1886 gobernando los liberales, en la cual salió el candidato conservador. Recuerda después las de 1891, en que fueron procesados 102 liberales, todos absueltos después, gobernando los mismos conservadores para impedir el triunfo del señor Maura. Vinieron por último las de 1893, en que presentaron los carlistas un candidato; y este partido que dormitaba antes, se despertó arrojando al candidato conservador.

Habla de los repartos de consumos hechos durante la dominación fusionista y dice que sus amigos han pagado siempre las primeras cuotas, mientras pagaban 50 pesetas los mismos que ahora en algún pueblo importante aprietan el torniquete.

Dice que por sus desaciertos, por su desunión, por su violencia, el partido conservador está herido de muerte. La conducta de los liberales para el porvenir debe atemperarse á las circunstancias; hemos de huir de las venganzas y de las represalias; hemos de variar los moldes de la política balear, haciendo que para todos reine la justicia, para los que están arriba como para los que están debajo.

Afortunadamente, esta situación no durará mucho. Los partidos se corrompen también por la acción del tiempo, como por la continuación prolongada del poder. El partido conservador va á fenecer y á ceder el puesto á otro partido

conservador que nace y que se ha segregado del antiguo por selección, reuniendo en torno á la bandera de moralidad administrativa, á toda la parte joven y entusiasta de la antigua agrupación. Cuando aquí en Mallorca se haya organizado el nuevo grupo, entonces podremos unirnos, juntar nuestras banderas, y en cierto modo, conservando la necesaria distinción de tendencias y aficiones, establecer entre nosotros una suerte de alianza muy propia al fin, de todos los partidos monárquicos. Mucho más podremos hacerlo así, cuando de seguro el nuevo organismo, de savia nueva, no adulterado ni corrompido, no tendrá necesidad alguna para conseguir sus fines políticos, de que se valen los actuales conservadores, y cuya injusticia habéis sufrido todos.

Termina repitiendo á todos los presente las gracias por su esfuerzo.

Grandes y prolongados aplausos ahogaron las últimas frases del señor Ribot, cuyo discurso duró próximamente una hora.

Don Rafael Moll

Empieza su discurso afirmando modestamente que esta es la primera vez que la mayoría liberal del Ayuntamiento se ha equivocado al designarlo á él para levantar su voz entre hombres de tanta sabiduría y de una reunión tan respetable. Hace luego un elogio del señor Ribot por su campaña durante el tiempo que desempeñó el cargo de concejal y hace después la historia de la gestión de la mayoría liberal en el Ayuntamiento. Siendo nosotros poder, añade, sostuvimos siempre con energía el imperio de la ley y los derechos del país. Al cabildo se llevaron asuntos que llevaban aparejados muchos disgustos y muchos sinsabores, que no tuvimos inconveniente en arrostrar. Me refiero á las aguas de la fuente de la villa. En aquel tiempo se pagaron todas las cuentas, se saldó un déficit considerable; la gestión del señor Maura se debió que el Ayuntamiento cobrara del Estado una suma importantísima; se atendieron á todos los compromisos. No necesita elogios la conducta del Sr. Santandreu como alcalde; su actos se inspiraron siempre en la recta justicia; las causas justas encontraron en él un valiente y decisivo defensor. Vinieron después los conservadores arrojándolo todo, destruyendo lo hecho, cometiendo arbitrariedades, suprimiendo empleados, destituyendo secretarios y poniendo otros en su lugar. La prueba más elocuente de que tienen al país contento ha sido el triunfo de sus candidatos en las últimas elecciones de diputados á Cortes. No han bastado las violencias; para quebrantar nuestra unidad de miras y nuestra disciplina hubiera sido preciso un impulso más vigoroso. Es verdad que esta disciplina, esta unidad, este vigor del partido liberal mallorquín nacen de la jefatura indiscutible de Don Antonio Maura y de la amistad de Don Pascual Ribot. Por esto, cuando ellos marchen á Madrid á continuar la campaña en defensa de nuestros intereses, por esto, todos sentirán su ausencia. Pero no hay miedo de que perdamos la propia vitalidad; con su recuerdo y una frecuente correspondencia procuraremos no defraudar las esperanzas que ellos tienen en nosotros depositadas.

Concluyó su discurso saludando al señor Maura en nombre de la mayoría liberal del Ayuntamiento, y despidiéndose del señor Ribot, quien pronto los abandonará para dedicarse á las tareas parlamentarias. (*Nutridos aplausos*.)

Don Pedro Martínez

Excitado, nervioso, temiendo molestar con su palabra á la concurrencia, el señor Martínez pronunció un discurso breve pero sentido, lleno de frases cariñosas para el señor Maura, de elogios para el señor Ribot y de apóstrofes crudos y terribles contra los conservadores. Hizo la relación de los procedimientos que se pusieron en juego el 12 de Abril pasado y una historia detenida del triunfo de los liberales, que es de una fuerza superior y representa plétora de vida, un exceso de vigor incalculable.

El señor Martínez fué interrumpido varias veces y al final fué también muy aplaudido.

Don Miguel Santandreu

Quisiera empezar mi discurso—dice—del mismo modo que empiezan los sacerdotes; diciéndoles: «Hermanos míos»: porque es este mi natural modo de ser y es así como yo entiendo la unidad de los liberales palmesanos, la familiaridad con que estamos reunidos y el cariño que os profeso. Quisiera—añade—pronunciaros un discurso á la manera como lo hacen los buenos oradores, pero yo no sé hablar. Hago lo que el partido liberal me ordena y he aquí porqué os molesto hoy con mi palabra. Así y todo, diré algo; pero sin sustraerme al empleo de palabras que uso cada día y de términos francos,

porque este es el mejor modo de entendernos. Yo digo—añade el señor Santandreu—yo digo lo que ha dicho Ribot de nuestro triunfo; que ha sido un triunfo completo y que sois unos héroes. Sí. ¿Qué os importan las coacciones, las vejaciones y la persecución si ahora tenemos la tranquilidad del deber cumplido? Hizo, como sus compañeros, una historia muy corta de las elecciones pasadas. Y añadió:—¿De qué os he de hablar ahora? ¿De los jefes? ¿De nuestros procedimientos? ¿Del porvenir? Ya me entendeis todos. Ribot lo ha dicho también. ¿Teneis confianza en Ribot y Maura? (El público pronunció un sí y resonó un aplauso prolongado.)

Luego tuvo algunas frases felices y concluyó su discurso dirigiendo á todos un abrazo.

Al terminar fué muy felizmente y aplaudido.

Don Juan Alcover

Al levantarse, es recibido con una estrepitosa salva de aplausos.

Empieza por manifestar la suma repugnancia que por convicción y por carácter, le produce todo lo que sea desperdiciar en inútiles palabras las energías que debieron consagrarse á la acción fecunda y bienhechora. Y mucho más lo siente, cuando se trata de dirigir al público lo que él llama el cobre de su oratoria, que solo obtiene los reflejos y la apariencia del oro puro al irradiar sobre ella la inextinguible benevolencia del auditorio.

La condición del estudiante pobre no es óbáculo para que este gaste sus únicas dos pesetas cuando es oportuno y conveniente darse aires de persona acandalada. Por eso—dice el orador—no quiero mostrarme avaro con vosotros, y ya que otra cosa no puedo hacer, ahí va también mi humilde peculio de estudiante.

¿De qué voy á hablaros?—continúa.—Al llegar mi turno, encuéntrase el campo espigado por los oradores que me han precedido. No debo hablaros de los pavorosos problemas nacionales de que está preñado el porvenir, porque voz más autorizada que la mía se levantará en momento oportuno para dilucidarlos.

Tampoco os he de hablar de los elegidos, de los señores Maura y Ribot, en quienes se personifica ahora vuestro sufrimiento. Harto conocidos os son sus merecimientos, para que yo me detenga en examinarlos.

Mas si no hay que hablarlos de los elegidos, importa hacerlo de la elección.

Mi palabra no alcanzará á ponderar la resignación serena con que habéis sobrevelado las continas vejaciones del partido dominante. Para ello sería necesario el estro de Prudencio, el cantor de los mártires de Zaragoza.

Vosotros habéis defendido con los dientes la bandera del partido liberal. Reciente está todavía la fecha memorable del 12 de abril. La arena está aún caliente y removida. El impulso fué supremo y heroico, pero la victoria superó á las más halagüeñas esperanzas. Victoria incomparable, sí, puesto que representa en cierto modo el triunfo decisivo del partido liberal.

Creo indudable, señores, la superioridad del partido liberal; más sabemos muy bien que toda superioridad constituye una ofensa imperdonable. Pero vosotros os habéis mostrado superiores y habéis contestado á la injusticia con la justicia.

De otra cosa más importante todavía tengo que hablaros, y lo hago con el corazón lastimado; me refiero á esa inícuca, incalificable campaña de difamación contra el ilustre hijo de Mallorca, señor Maura. Verdaderamente hay que decir que al reflexionar sobre tales infamias, acometen á uno aquellas dudas inmortales del príncipe de Dinamarca, y es tal la desesperación y la amargura, que hay motivo bastante para que el hijo llegue á dudar de la madre.

Y es triste privilegio el de Mallorca. En todas partes, la consideración, el afecto y el respeto tributados al hombre eminente que acude á las regiones elevadas á dar manifestación espléndida de la cultura regional, triunfa de las rencillas de partido y de las distinciones de bando. No quiero decir con esto que Mallorca entera tenga que pertenecer al partido liberal. A pesar de la consideración que merecen los señores Pidal y Montero Rios, en Asturias no están todas las opiniones dentro del partido conservador, ni en Galicia dentro del liberal. Y no hay tendencia alguna que se oponga á tales impulsos. Aconsejalo ese mismo espíritu local, tan recomendable y bienhechor; á ello induce el natural egoísmo regional y patriótico, legítima extensión del afecto de familia.

El partido conservador, durante todo el tiempo de su mando, no ha dado en Mallorca otras pruebas de su existencia, aparte de la derrota

que vosotros le habeis proporcionado, que el rebajamiento ignominioso de repartir, el día de la llegada del señor Maura, media docena de silbatos á la media docena de limpia-botas de la ciudad. Por lo demás, todos sus esfuerzos han tendido á romperse la cabeza, si por acaso la tuviera, contra la muralla de vuestras resistencias.»

Al terminar su brillante peroración, el señor Alcover fué saludado con los aplausos que corresponden á sus dotes oratorias singularísimas, á su cultura verdaderamente excepcional, de todos conocida, á la emoción espontánea y vibrante, á la sugestiva comunicación de afectos, que dominan en su discurso. Todos sabemos que la atención y el interés de los oyentes se concentraron en la palabra de los señores Maura y Alcover, verdadero *clou* de la reunión, sin excluir el interés político de los demás discursos.

Excmo. S. Don Antonio Maura

El anuncio de que se levantaba á hablar el señor Maura fué un nutridísimo interminable aplauso, aplacado el cual, comenzó el esclarecido orador de la siguiente manera:

—... Estos aplausos son, precisamente, la gran dificultad! Confieso que nunca como ahora me he visto en tal confusión, porque hay dos momentos igualmente difíciles para quienes deban dirigirse á una muchedumbre y hablar ante ella, á saber: cuando se teme que no se quiera comprender ni recibir de buena fé lo que se diga, y cuando, como en este caso, se han establecido entre el que habla y los que escuchan aquellas corrientes y comunicaciones que hacen inútil la palabra, porque de antemano ya se lo han dicho todo. (*Aplausos.*)

¿De qué voy á hablar?... Asuntos no faltan; muchos y muy graves tendríamos de qué tratar, si no fuese obvio el dejarlos intactos para las Cortes, cuyas puertas están entreabiertas. Porque muy pronto vamos á saber qué piensa, qué ha hecho el partido conservador en frente de los asuntos de Cuba. Vamos á saber cómo y en qué forma ha correspondido á los sacrificios estapendos de esta España, sacrificios que suponen un río de sangre y un río de oro con que ha asombrado el mundo y ha añadido una página inmarcescible á la historia de sus energías indomables... Vamos á ver si piensa ir al norte ó al sur. Hablaremos de eso donde haya menos facilidad para divulgar infamias y calumnias. (*Grandes aplausos.*) Pero había que decirlo con el corazón ahogado en lágrimas, tan trascendentales y dolorosos son estos asuntos, tan profundas las responsabilidades que pueden acarrear.

Hablemos, pues, de nuestra isla. ¿Mas qué discurso igualar puede, la elocuencia de los hechos, vuestra obra del 12 de Abril? Y de como se ha hecho la campaña? ¿qué puedo decirlo tampoco más que daros las gracias y el abrazo más efusivo? Aquí no están seguramente los 19.000; pero está congregada su legítima representación, su encarnación genuina; y lo que á vosotros os diga á todos llegará de seguro.

Una cosa puedo decirlo que vuestra imponente modestia acaso desconozca; y es, que me considero indigno... indigno, sí, de estar al frente del partido liberal de Mallorca, es que yo me considero débil para imitaros y secundaros dignamente. (*No, no; grandes aplausos.*) Por esto, creedlo, firmemente pido á Dios muy á menudo, que me conceda mantenerme siempre digno de vosotros!

Confieso que desde hace rato, mientras escuchaba á los que me han precedido, tuve un momento de vacilación. Decíame:—¿Estaremos cometiendo una grande injusticia con el partido conservador, encerrará nuestras palabras una imperdonable ingratitud, olvidaremos demasiado pronto el origen de nuestros éxitos y correspondemos con desvío á la dirección que impulsa á nuestros adversarios?... ¿Será esto, repito, una verdadera ingratitud? Si nos ocupáramos tan solo de nuestro interés de partido ó de nuestro egoísmo de colectividad ¿qué más podríamos pedir?... ¿Qué más podríamos pedir y aplaudir, que esos atropellos y esas violencias y esa dirección descabellada y ese prestarse de un partido á ser tercero y servidor de una pasión que no me atrevo á nombrar por su palabra? He tenido, sí, este momento de vacilación, por que no lograba acostumbrarme á la idea de que podamos pagar con tanta recriminación, tanto beneficio... (*Nuevos aplausos.*)

Lo ha dicho Ribot, y es notorio, que por tres veces consecutivas hemos contestado á las violencias de los conservadores, pero nunca con las violencias, nunca con las represalias, nunca con el encono. Y cosa inexplicable: el creciente desenfreno de nuestros adversarios no ha roto la rutina de nuestros triunfos ni ha quebrantado la monotonía de la victoria empeñada en seguirnos. Muy triste, sí, muy lamentable es que una agrupación política destinada en Mallorca á compartir las responsabilidades del poder, ayude á desmoralizarlo y perturbarlo; más triste que nos ponga á los liberales, para el día de mañana, sobre todo á los que nos sentimos abrumados con el peso de la dirección—en la necesidad de discernir y separar la línea, el punto en que la justicia se convierte en venganza, para que haya justicia—y tan cumplida como se requiere,—aunque sin basar en solo ápi-ce sus naturales linderos. (*Aplausos.*)

Recordad que el partido liberal desde su constitución no ha hecho más que sumar elementos; quien allí entró una vez, allí permanece y testimonio de ello elocuentísimo es esta reunión. En él están las grandes personalidades de la isla, porque se halla abierto á todos los horizontes de la legalidad, incluso para nuestros adversarios. Y es cosa rara que estando el partido liberal, teóricamente al menos, á la izquierda del partido conservador, no haya incurrido en tales deslices, ni pueda aceptar parte alguna de las responsabilidades de esa política anarquista á que se ha entregado ahora el partido conservador; anarquista, sí, enseñando el camino de las peiras á los miserables mercenarios, adiestrando al pueblo en la convicción de que no es la autoridad pública amparo y refugio de los oprimidos, sino cómplice vil de quienes atropellan por todo.

Hace referencia á los procesamientos y persecuciones de Alcaldes y concejales liberales y después prosigue:

—Una cosa, sí, quiero decirlo: que mi acta de diputado y Mallorca son dos cosas inseparables. Y de tal manera mi vida política y Mallorca son una misma cosa que os digo... (no he faltado nunca á mi palabra) que os digo solemnemente que jamás, jamás, jamás seré diputado á Cortes si no es por Mallorca, y que no tendré representación, ni investidura, ni acta que de vosotros no proceda. (*Frenéticos aplausos.*) Pero es que alguien, un solo momento ha podido sospechar lo contrario? (*No, no.*) Hay alguien que no haya comprendido que solo la abstención de la vida pública y el retirarme de ella podrían hacerme renunciar á esta representación? Si; no lo dudeis; porque yo que he visto vuestra rectitud y vuestro cariño, el día que me faltasen vuestros sufragios, comprendería que había llegado el momento de retraerme de la vida política, porque desde aquel instante sería también indigno de los votos de la nación española. (*Interminables aplausos.*)

Termina el orador, visiblemente emocionado ofreciéndose á todos y en primer término á los perseguidos y vjados; y enviando á todos cuantos forman el partido liberal un abrazo de despedida porque el cuerpo se va, un abrazo de unión porque el espíritu queda entre todos ellos.

X

No hay que repetir el éxito oratorio del señor Maura ni el efecto de su palabra, no ya para sus amigos políticos sino para quienes, por afición ó deber, fueron á escucharla. No podríamos hacer aquí, medio rendidos por la fatiga, más que repetir lo que tantas veces hemos manifestado.

Los aplausos y los vivas apagaron las últimas frases del orador; y la concurrencia numerosísima fué saliendo del local, que á eso de las siete menos cuarto quedaba completamente vacío.

Artagnan en la historia

Trátase en París de elevar una estatua al famoso mosquetero Artagnan, uno de los héroes de la célebre novela de Dumas, *Los tres mosqueteros*. Con este motivo discútese de nuevo si Artagnan ha existido en la historia, ó es producto solamente de la imaginación del novelista. Y en verdad que los que sostienen lo primero no dejan de aducir, en apoyo de su opinión, algunos datos históricos, debidamente comprobados. El mismo Dumas ha referido como se le ocurrió escribir *Los tres mosqueteros*. Buscando papeles y noticias históricas en la Biblioteca nacional, en París, encontró casualmente un libro titulado *Memorias de M. d'Artagnan*, impreso en otro país. «El título me sedujo,—ha dicho Dumas—y después de hojear un poco la obra pedí permiso al jefe de la Biblioteca para llevármela algunos días.»

Según estas *Memorias*, en el siglo XVII existió un mosquetero llamado Artagnan, cuyo verdadero nombre era Carlos de Batz Castelmore, cuarto hijo de Bertrand de Bantz, señor de Castelmore, y de Francisca de Montesquieu, nacido en el año 1623 en Lupiac, condado de Fezensac. Este mosquetero adoptó el sobrenombre señorial de Artagnan que distinguía la rama menor de la casa de Montesquieu, á la cual pertenecía su madre. Carlos de Batz-Castelmore no hizo en esto más que seguir el ejemplo de su hermano mayor Pablo de Artagnan, que figuraba ya en una compañía de mosqueteros.

Dice la novela que poco después de su llegada á París, Artagnan se presentó al jefe de los mosqueteros, M. de Troisvilles, á quien había sido recomendado, y que en la antecala de este mosquetero conoció á Porthos. «Al que yo me acerqué—dicese en las citadas *Memorias*—se llamaba Porthos y tenía posesiones inmediatas á las de mi padre en dos lugares.

En la compañía tenía Porthos dos hermanos, llamados Athos y Aramis. El famoso duelo que según la novela sostuvieron estos cuatro personajes con los esbirros del Cardenal Richelieu, es completamente histórico. Esta aventura, en la que Artagnan se condujo con tanta osadía y valor que llamó la atención de Luis XIII, le valió una plaza de la compañía de guardias, cuyo mando había sido confiado al caudano de M. de Troisvilles.

La carrera de Artagnan comienza desde este momento. Un colaborador de la *Revue des Pyrénées*, M. Jauregain, la ha seguido paso á paso, y ha referido todos sus detalles con notable precisión.

Después de haber asistido—escribe monsieur Jauregain—á los sitios de Aire, de las Basés, y de Bapaune en 1641 y á los de Collioure y de Perpignan en 1642, Artagnan fué á Inglaterra en 1643 como gentil hombre del conde de Harcourt, peleó por el rey Carlos contra el Parlamento y tomó parte en una batalla librada en el condado de Essex por el príncipe Roberto.

De regreso en Francia, ingresó en la compañía de guardias de Francisco de Guillón, señor de Los Essarts, y asistió á los sitios de los fuertes de Byetta, de la Capelle y de Saint-Floquin, y á la toma de Gravelines, en 1644. A fines de este año, Mazarino le concedió la casaca de mosquetero. En 1645 estuvo en la toma de Cassel, de Mardik, de Liik y de Saint Venant. En el sitio de Bourbourg tres balas le atravesaron el traje y un sombrero. Volvió á Inglaterra con una misión reservada para Comwall, y á su regreso fué encerrado por una equivocación en la Bastilla, donde estuvo cinco semanas. Artagnan se distinguió de nuevo en el ejército el año siguiente y continuó viviendo brillantemente hasta 1658 que fué nombrado segundo teniente de mosqueteros, con cuya categoría asistió este mismo año á la batalla de las Dunas y á la toma de Dunkerque, de Bruges, de Gravelines, de Andenarde y de Iprés.

El 5 de Marzo de 1659 se casó Artagnan en el Louvre. El contrato de matrimonio hecho ante MM. Le Vasseur y Bindin, notarios y escribanos del Chatelet de París, en presencia y por la autoridad de S. M. y del cardenal Mazarino, habla de «Messire Carlos de Castelmore d'Artagnan, caballero segundo teniente de los grandes mosqueteros del rey y capitán del regimiento de guardias de S. M., habitante en Saint Germain-des Prés, calle del Bac, y de «la señora Carlota Ana de Chanleq, de Sainte-Croix, viuda del difunto messire Juan Leonor de Damas, Caballero señor de la Clayette, Clessy, Bonnes y Tesmor, habitante en París, en el hotel del León, calle y parroquia de Saint-André-des Arts.» Los testigos de Artagnan fueron el alto y poderoso señor Antonio de Gramont, duque, par y mariscal de Francia, y Messire Francisco de Bazamaux, gobernador por el rey del castillo de la Bastilla.» Artagnan tenía entonces treinta y cinco años.

«Me casé—dice Artagnan—por hacer lo que los demás, pues me parecía que sí, como se dice, es una locura casarse—y yo creo que lo es y muy grande—al menos es una locura que está permitido cometer una vez. Me casé con una mujer sumamente celosa y que me molestaba de tal modo, que á cualquier parte que fuera, ponía al mismo tiempo mil espías en mi seguimiento.»

Artagnan se trasladó en 1660 á Inglaterra, con objeto de cumplimentar, en nombre del rey de Francia, á Calos II, cuya restauración había realizado el general Monk. El año siguiente estuvo en Nates, por orden del rey, al superintendente Fouquet, y se lo llevó enseguida á la Bastilla. Luis XIV le entregó mil luises de oro para los gastos del viaje.

Artagnan fué ascendido á mariscal de campo en 1672. El año siguiente acompañó á Luis XIV el sitio de Maestricht, donde murió de un balazo el 25 de Junio, en el segundo ataque á la ciudad.

Por lo que antecede, se vé que Dumas al referir las proezas de Artagnan, ha tenido muy en cuenta las noticias históricas, de las cuales no se ha separado mucho.

Un periódico al hablar de este proyecto, propone que cada uno de los que se han deleitado leyendo *Los tres mosqueteros*, contribuya con cinco céntimos, asegurando que se recaudaría bastante para elevar una de las mejores estatuas del mundo al famoso mosquetero.

La producción de trigo en Córdoba

Siempre hemos creído que la mejor manera de proteger á los agricultores, era decirles sin disimulos de ninguna clase el verdadero motivo de ciertos males, pues achacar á los gobiernos la responsabilidad de todas las contrariedades que afligen á nuestras clases productoras, es un sistema muy socorrido para los que quieren halagar á ciertas gantes y escusarse la molestia de estudiar los problemas á fondo.

La Diputación provincial de Córdoba, á propuesta del señor Carbonell ha tomado acuerdos del mayor interés relacionados con la producción de trigos en aquella comarca, y para justificar las iniciativas de que daremos cuenta más adelante, ha expuesto con toda lisura las verdaderas causas que determinan la desestimación en que están los trigos cordobeses.

Los siguientes párrafos revelan una sinceridad y una rectitud de propósitos muy dignos de encomio.

Dice así el señor Carbonell en los primeros párrafos de su proposición:

«La crisis gravísima porque atraviesa la

producción de trigos en esta provincia no tan solo es debida á la deficiencia de las últimas cosechas, sino muy principalmente á la inferior calidad del producto. Prueba de ello es el que la anterior recolección fué de resultados muy medianos, y sin embargo, los precios han estado tan bajos, que hace veinticinco años no se habían conocido iguales. Casi todos los trigos de España adolecen del defecto de escasez de gluten, y de ahí la necesidad de importar los extranjeros, sea cualquiera el precio á que resulten para mezclarlos con los nuestros.»

El señor Carbonell y los demás diputados provinciales que firmaron la proposición hacen la comparación entre las condiciones de los trigos extranjeros y los de Córdoba, para justificar el mayor precio á que se cotizan los primeros.

Es muy oportuno el recuerdo de las experiencias hechas en las granjas de Valencia y Zaragoza para saber qué variedades son las que mejor resultado darían en nuestro país.

La Diputación provincial aprobó por unanimidad los siguientes acuerdos:

1.º Que por la excelentísima Diputación se dirija una solicitud al señor ministro de Fomento, fundada en la relación de los hechos expuestos, y pidiendo una subvención de 7.000 pesetas, suma equivalente al derecho de atunadas de 2.000 fanegas de trigo.

2.º Que al propio tiempo se interese de las Compañías de ferro-carriles, por mediación del señor ministro de Fomento, la rebaja á la mitad del precio del transporte de los trigos extranjeros consignados á la Diputación provincial y destinados á la siembra.

3.º Que se consiga en el presupuesto provincial la suma de 23.000 pesetas que se destinan á la compra de hasta 2.000 fanegas de trigo extranjero, de cuya suma se resarcirá en gran parte al proceder á la venta del trigo.

4.º Que en su día determine la Comisión, de acuerdo con la Junta de agricultura, las bases bajo las cuales debe procederse á la venta del referido trigo entre los labradores de esta provincia, y las precauciones que deben tomarse para dar destino al fin que se desea.»

Posible es que algunos de los extremos que comprenden estos acuerdos, no puedan llevarse á la práctica con las facilidades que todos deseáramos, pero esto no hace desmerecer poco ni mucho la laudable iniciativa de la Diputación de Córdoba.

Cómo nos tratan los yankees

La prensa reprodujo el discurso favorable á nuestra causa en Cuba, que pronunció en Nueva York Mr. Phelps; véase ahora la injusta contestación dada por el general J. S. Catlin á su compatriota, en la cual se desata en denuestos contra nuestro país.

El *New York Recorder*, en su número del 10 de Abril, refiere que en el *Hotel Saint Georges* de Brooklyn se reunieron 600 vacinos de aquella ciudad para manifestar sus simpatías hacia los rebeldes cubanos, bajo la presidencia del general Catlin, quien les habló en los siguientes términos:

«Señores: Hemos tenido largas y memorables experiencias en nuestras guerras. No me referiré á las guerras de fronteras ni á las guerras contra los indios; hemos tenido tres grandes guerras: una al nacer y fundarse la nación y dos para su existencia. Estoy satisfecho de lo que se hizo en otros tiempos, y no soy partidario de otra guerra, á menos que fuese necesaria para mantener, para realizar una gran política americana ó un gran principio nacional ó que el Todopoderoso nos eligiese para detener la mano del tirano, del ladrón, del asesino.»

«En semejante contingencia, después de que todos los medios y recursos razonables de la diplomacia se hayan agotado, diré: ¡Luchemos, y luchemos hasta apurar los últimos límites! En tal momento sacaría el viejo sable que usé hace treinta y cinco años, para intervenir por mí mismo en tan justo conflicto. Retiraría á mi hijo del colegio, pondría un rifle en sus manos, y le diría que fuese á combatir y á pelear, si fuese necesario, por tan santa causa.»

«Por consiguiente, no necesito decir á ustedes que soy partidario decidido de la doctrina de Monroe en su más amplia aplicación, sacarla lo que quiera, y en cuanto á la lucha entre Cuba y España, soy y seré siempre partidario de Cuba. No he sido expectador indiferente en ese combate desigual entre los principios del más autocrático y aristocrático poder de la tierra y los que representan los valerosos é indomables patriotas de Cuba.»

Niego la brutal (*sic*) relación del profesor doctor E. J. Phelps, del colegio Yale, hecha en los salones de la Asociación Cristiana de Jóvenes, en la noche del lunes de la semana anterior. Niego rotundamente que la rebelión cubana sea una insurrección de bandidos, de incendiarios ó de gantes entregados al asesinato y al saqueo. Afirmo que Mr. Phelps profirió una monstruosa calumnia contra un pueblo que lucha por su libertad, y añade que eso pasará á la historia como una gran vergüenza, con otras calumnias pronunciadas contra las colonias americanas.

«Pero lo importante, la cuestión suprema es ésta: ¿hay allí causa buena y substancial para

